

Sustrato filosófico de la fantasciencia

Un hecho actual. — Es un hecho innegable que la literatura fantástica tiene honda aceptación en el mundo de hoy. Desde el folleto ilustrado y ligero que se lee de corrida entre el traqueteo de un tren de periferia urbana o bajo la luz blanca del metro para evitar unos minutos de aburrimiento, hasta el libro largo, pensado, de sucesos intrigantes, escrito frecuentemente con estilo sin pretensiones; no raramente, de buena literatura y cuidado contenido. La temática es simple. Se narran maravillosas aventuras en mundos fantásticos del futuro, con viajes astrales y luchas titánicas del hombre con otros seres del Universo astral. Tales son los argumentos dominantes.

No es una literatura que esté simplemente reñida con la ciencia. Buena parte de su producción está bajo el control de sabios y de expertos.

En el extranjero, sobre todo, tiene amplia aceptación. Hay autores famosos. Se multiplican ediciones, que penetran en los más variados sectores. Concretamente, Estados Unidos tienen cierta supremacía. Se ha dicho que allí ha sonado la hora para la novela de anticipación. La revista francesa *Science et Avenir*, no precisamente de contenido fantástico, repite anuncios de esta clase de obras. A menudo estas narraciones saltan del papel a la vaguedad sonora de un guión radiofónico o a la imagen viva de la televisión o de las pantallas panorámicas.

Es un hecho real que esta literatura de anticipación tiene amplia cabida en el mundo de hoy. Este hecho real requiere una explicación suficiente. No entran en juego, de suyo, ni tendencias bajas, ni siquiera, en sentido estricto, las bellezas de la especulación o de los descubrimientos científicos. Si se multiplican estos libros de Fantasciencia es porque gustan. ¿Cuáles son las causas de este interés de masas? Porque todo lo humano tiene sus raíces y su explicación en la naturaleza del hombre. ¿Se reflejan en este hecho tendencias profundas? ¿Cuáles son?

Definiendo. — Ante todo, conviene precisar con cuidado qué es Fantasciencia.

La Fantasciencia no es Fantasía. En sentido estricto, Fantasía se opone a realidad vivida, a Historia. De este modo, cualquier obra

literaria, enmarcada en los límites de lo humano y real, si narra cosas que no hayan pasado nunca, cae dentro del tipo Fantasía. Una novela de época, una pieza teatral que presenta al vivo los problemas candentes de hoy, un cuento hondamente humano, es Fantasía. Los personajes no han existido (fantasía); pero pudieran muy bien haber sido (realidad posible).

Queda francamente excluida de la Fantasciencia todo tipo narrativo que ofrezca asomos de magia o intente adivinar el porvenir. Aunque asegure que utiliza para ello los más complicados aparatos científicos. Por desgracia, no han faltado quienes con el pseudoanálisis de las curvas de aceleración, de las parábolas de anticipación, de los ciclos de renovación, de las estadísticas tendenciales y de los cálculos de probabilidades hayan tratado de deslumbrar a incautos, asegurando el cumplimiento de hechos concretos y ciertos en un futuro más o menos próximo. Esto no es Fantasciencia. Esto es un sistema, extremadamente refinado, de embaucamiento. Porque en la magia se usan medios desproporcionados para obtener el efecto pretendido. En la adivinación (mejor se diría predicción) de cosas que han de suceder, utilizando para ello cálculos científicos, no se puede obtener lo que se pretende, pues si se quieren adivinar efectos necesarios, no se dispone de todos los datos requeridos; si efectos que nacen de causas libres, no pueden saberse de modo cierto y con anticipación, por medios naturales, las determinaciones de la libertad.

Quedan también excluidos de la Fantasciencia los temas, planteados y resueltos con más o menos imaginación, que se fundan en recónditos hechos psicológicos, de mala o buena ley. La creación fabulosa de monstruos humanos por un hombre de ciencia, o los sucesivos cambios en el protagonista de la narración, de monstruo en hombre y de hombre en monstruo, no son infrecuentes en la moderna narrativa. Con un ligero soplo del sentido común se desvanecen en la nada estos fantasmas terroríficos, creados por la pseudociencia. Eso no es Fantasciencia. En todo caso, en estos y parecidos ejemplos se puede llegar fácilmente a una conclusión general latente, muy humana, que podría formularse así: «El que desencadena fuerzas brutas o el mismo mal, acaba a fin de cuentas por sucumbir ante ellas, siendo víctima de su misma acción».

Tampoco cae dentro de la Fantasciencia, en sentido propio, la literatura que tiene por creador a Julio Verne, en algunas de sus obras. Aventuras fascinantes a través de veinte mil leguas submarinas o viajes alrededor de la luna no son científicamente imposibles. La Ciencia admitía estas posibilidades, que seguían estrictamente los cauces de sus leyes rigurosas. Faltaba una técnica más desarrollada que hiciese posible su realización. El escritor, en este caso, con su imaginación exuberante, suple a la técnica, haciendo en realidad avanzar, en el sueño dorado de la fantasía, el futuro, en varios lustros.

Otra cosa es la literatura llamada de Anticipación o Fantasciencia,

como si esta palabra quisiera denominar a un híbrido extraño de ciencia y fantasía. En ella, o lo que se narra *nunca* será físicamente posible, o el modo con que se narra lo posible, es en sí mismo *irreal*. Un feliz aterrizaje en las galaxias, que distan millones de años-luz, es imposible a un mortal que parta de nuestra Tierra. Necesariamente terminaría su existencia por el camino incoado, aun suponiendo que tuviera medios adecuados para salvar los helados espacios intersiderales. Sin embargo, la Fantasciencia hace ese salto posible, tendiendo puentes misteriosos en el espacio, por los que pasa fácilmente el Hombre.

Deduciendo. — De todo ese inmenso cúmulo de obras fantascientistas de hoy, variadas, de imaginación portentosa, de éxito seguro, de múltiples temas, estilos y procedimientos, se desprenden consideraciones obvias. Las más sobresalientes pueden formularse en los siguientes apartados.

1. *Repugnancia al ilogismo.* La primera nota esencial que aparece en toda obra de este género es la *lógica, apoyada en fundamentos falsos*. El autor, en sus construcciones literarias, tiene que recurrir necesariamente a presupuestos falsos. En algún caso será la carencia de la gravedad; en otro, el dominio absoluto de todo espacio; en otro, la potencia ilimitada de la técnica. Sin embargo, una vez puestos, o presupuestos, estos fundamentos (porque a veces se postulan estas concesiones implícitamente), toda la narración fluye magníficamente *por caucés lógicos*. Una trabazón perfecta lo aguanta todo. Aparece como falta grave, entonces, toda arbitrariedad irracional que caiga fuera de los límites presupositivos. Precisamente en la conjugación de estos dos elementos se cifra muchas veces el gran ingenio del novelista y la gran novedad, inédita, de la acción, que es fuente de interés sumo. El lector termina con esta sensación: «¡Lástima que cosa tan bella no pueda ser!».

Considerando más profundamente este hecho, se descubre como raíz de estas actitudes una nota esencial humana: *la repugnancia al ilogismo*, aun en el caso en que la narración se mueva en un terreno ideal o fantástico. Poca diferencia hay, si se consideran las cosas esquemáticamente, entre esta conducta y la que se ha seguido en la construcción de no pocos sistemas filosóficos, maravillosos, de trabazón lógica perfecta, bellos y deslumbrantes, que sólo ofrecen un reparo: que se apoyan en fundamentos falsos. Son dobles perfectos de las novelas de Fantasciencia en el terreno austero de la Filosofía.

2. *Afasia de lo futuro.* El novelista de la literatura de Fantasciencia es creador. Crea formas, máquinas, hombres, mundos. Pero, la mayoría de las veces, él no los quiere crear como cosa falsa, sino como cosa muy posible, e incluso como cosa que ya es o será dentro de un tiempo más o menos remoto. Y en esta gloria creacionista pone al descubierto su radical impotencia. No puede hablar del futuro.

sino con lo que ve, palpa y oye del presente. Combina hábilmente a su gusto lo de ahora; pero no da, en realidad, lo futuro. En su maravillosa locuacidad creacionista, atrayente y encantadora, late trágicamente la afasia de lo que será. Cuando no se conocía la fuerza que aprisiona el átomo, los aparatos astrales eran balas de cañón enormes, disparadas por un superpotentísimo trinitrotolueno. Hoy son cohetes espaciales movidos ya por energía atómica. Mucho pueden las últimas formas de avión de propulsión a chorro en los últimos modelos de los ingenios interastrales de la Fantasciencia. Los seres de otros mundos son acomodaciones o composiciones más o menos mañosas de los de aquí. La historia del futuro es una ligera variante de la del pasado. Las acciones y pasiones humanas pasan a los seres de otros planetas. Más aún, los antagonismos políticos actuales se proyectan y expanden a otras regiones del espacio... El escritor pseudocreacionista va arrastrado por los últimos avances de nuestra ciencia, y no la realidad de la ciencia va arrastrada por la fuerza creadora o el capricho del fantascientista. Queda al descubierto, con este sencillo hecho, una de las notas más deprimentes de la naturaleza humana: la imposibilidad intrínseca de saltar a lo real futuro, y mucho más la impotencia de crearlo a voluntad.

3. *Ansias de paracronía y de atopía.* Los problemas filosóficos que más preocupan en esta literatura optimista son los relacionados con el espacio y con el tiempo. No se formula escuetamente qué es espacio y qué es tiempo. Pero estas cuestiones salen a cada paso de forma equivalente. ¿Puede el Hombre dominar de modo absoluto al espacio y al tiempo? ¿A todo el espacio y a todo el tiempo? Y se buscan soluciones prácticas y más soluciones, en fantasías de oro. Es una lucha trágica. Es una preocupación y un ansia de señoreamiento que florece de mil formas. En las tramas esenciales de estos libros. En los argumentos de estas novelas. Se dan soluciones aventuradas; pero se dan soluciones. Y cuanto más se revuelven estos problemas, más hondos e impenetrables aparecen; más negros y profundos sus abismos; más pequeño el Hombre. Late en todo este esfuerzo un querer claro: dominar el espacio y el tiempo, totalmente, absolutamente, en todas sus direcciones y sentidos, a un solo acto de la voluntad humana.

El tiempo pasado no es ya. Hubo razas, pueblos y culturas, venturosas en su primitividad. ¿Por qué el Hombre de hoy no puede retroceder en el tiempo? Será un periodista quien, por modo maravilloso, irá a una época remota, revivirá la civilización rudimentaria de una raza que fué miles de años atrás, y *regresará* de su experiencia real... Sobre todo, el futuro atrae irresistiblemente. Tiene que ser mío. ¿Por qué no puedo ver ahora lo que será dentro de miles de años? Una máquina astral frena para unos pocos el tiempo de tal modo que al *posarse* coloca a sus ocupantes en un mundo que avanzó miles de años. Por supuesto, lo que ven entonces no es más

que un doble, ricamente camuflado, de lo que pasa ahora o de lo que ha pasado.

¿Cómo saltar a las galaxias? Tiene que ser con un método rápido como el pensamiento. Un sistema con el cual querer y estar se respondan. Que el ir a un punto determinado sea tan rápido como el pensar en él. Como un querer que haga estar realmente en lo que se quiera. No hay mejor solución que *salir* del espacio en un punto dado para volver a *entrar* en él en otro punto previsto de antemano. Algún sabio privilegiado da con un aparato electrónico que saca del espacio y vuelve a él, donde hayan los complicados cálculos determinado con antelación. Es el misterioso «jump» espacial. Así se anulan los años de luz. Así el Hombre es dueño absoluto de todo el espacio.

Si bien se considera, en estos intentos y soluciones aparece manifiestamente, a la vez, la exigüidad y la grandeza del hombre.

En esta lucha titánica, sin viabilidad, de querer sujetar a su voluntad espacio y tiempo, el hombre aparece en su plena limitación. Su impotencia es una prueba de su propia limitación. Ya es un enfrentarse decisivo de lo que es el hombre con lo que no es. El resultado es deprimente. El Hombre es limitado, aun en la misma línea de las perfecciones que tiene. Quiere superar su propia limitación, y no puede en sí. ¿Nunca podrá...? ¿Se habrá frustrado su ansia de ir a su gusto por las inmensidades del espacio?

Por otra parte, estas mismas ansias, demostradas hasta la saciedad en la literatura de ciencia y fantasía, que tiene el hombre de estar desligado del espacio y de estar desligado del tiempo, —no sin ser nada, sino siendo siempre—, muestran irrecusablemente algo grande: *que al menos el hombre es capaz de captar lo que, siendo, está desligado del espacio y está desligado del tiempo.* Y ¿con qué puede captar el hombre lo que, siendo, está desligado del espacio y está desligado del tiempo, sino con algo que a su vez, siendo, pueda estar desligado del espacio y pueda estar desligado del tiempo? *Luego el hombre tiene en sí algo que, siendo, puede estar desligado del espacio y puede estar desligado del tiempo.* ¿Qué puede ser ello, sino algo *espiritual* (desligado del espacio) y que de suyo *no muere*; porque, siendo, puede estar desligado del tiempo? Luego el hombre tiene en sí algo espiritual e inmortal.

* * *

Esos son los sustratos reales filosóficos que como fundamentos ocultos aguantan la endeble arquitectura de la Fantasciencia.

Sebastián BARTINA, S. I.